

La arquitectura del futuro

Hace escasos once días, en la apertura de la XI Bienal de Arquitectura de Venecia y en compañía un grupo de destacados arquitectos que comparten sus preocupaciones, el economista Jeremy Rifkin presentó la *Carta para la arquitectura del próximo milenio*, en la cual se afirma: “Es necesario reconocer que los cambios tecnológicos más recientes le han dado concreción, por primera vez, a la posibilidad tanto de remodelar los edificios existentes como de diseñar nuevos de manera que sean capaces de crear energía autónomamente a partir de fuentes locales renovables, permitiéndonos replantear estos mismos edificios como auténticas ‘centrales eléctricas’... Estos edificios y la transformación de todas esas redes en otras tantas *networks* ‘inteligentes’ capaces de transformar y distribuir la energía abrirán en la práctica la puerta a la tercera revolución industrial del siglo XXI”.

En diversas ocasiones se ha insistido aquí en la urgente necesidad de diseñar estrategias para garantizar la sustentabilidad de nuestras ciudades: con todas sus contradicciones, ellas son los espacios que han permitido la más plena realización del ser humano, por lo que más que ilusorio es irresponsable creer que sea posible bloquear su expansión en un futuro próximo. Muy por el contrario, lo que se espera es un aumento considerable de la población urbana del planeta, que, de acuerdo a estimaciones de Naciones Unidas, debería pasar de los 2.860 millones de personas del año 2000 a 4.940 millones en el 2030; para entonces la urbana será el 61% de la población total cuando en 1950 apenas alcanzaba al 29%. Pero al mismo tiempo ya hoy esas maravillosas ciudades son responsables por el 80% de las emisiones de gases invernadero y su “huella ecológica” excede de manera significativa los máximos aceptables, lo que pone en entredicho su propia viabilidad.

La conclusión de lo anterior es simple: si queremos que todos los habitantes del planeta accedan a los niveles de bienestar y civilización alcanzados por el ciudadano promedio de las sociedades más avanzadas del mundo actual, es imprescindible abordar con urgencia la tarea de cambiar el modelo urbano prevaleciente durante el siglo pasado, que, al lado de sus indiscutibles virtudes, mostró con claridad sus límites. Pero si el diagnóstico es simple, no lo es la solución.

Hoy, a lo largo y ancho del mundo, se discuten y muchas veces se ensayan diversas estrategias dirigidas a cumplir con el objetivo de tener más y mejores ciudades y no hay duda de que, entre ellas, la *Carta* que acaba de presentar el profesor Rifkin está destinada a tener gran influencia. Duele e indigna que en la misma ocasión Venezuela, contando con uno de los más hermosos pabellones de la Bienal, apenas haya presentado un mediocre y mentiroso panfleto político.